

# Grandes Estrategias



# John Lewis Gaddis

Ganador del PREMIO PULITZER

taurus  


SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleer



@tauruseditorial



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*Para  
Nicholas F. Brady, 1952  
Charles B. Johnson, 1954  
y  
Henry «Sam» Chauncey, Jr., 1957  
grandes estrategias*

## PREFACIO

Soy consciente de que el título de este libro puede resultar grandilocuente: *Grandes estrategias*. Me preceden, no obstante, Timothy Snyder, compañero en el departamento de Historia de la Universidad Yale (*On Tyranny*) y, largo tiempo atrás, Séneca (*Sobre la brevedad de la vida*). Me preocupan en especial, no obstante, los admiradores de Carl von Clausewitz, entre los que me cuento. Su obra póstuma, *De la guerra* (1832), fijó el modelo para los posteriores textos escritos sobre ese tema y su corolario inevitable: las grandes estrategias. Justifico la aparición de otro libro sobre esta cuestión por su concisión, la cual no era uno de los fuertes de Clausewitz: *Grandes estrategias* cubre más años que *De la guerra*, pero en menos de la mitad de páginas.

Este libro surge de dos experiencias con la gran estrategia, separadas por veinticinco años. La primera fue impartir la asignatura Estrategia y Política en el Naval War College de Estados Unidos, en Newport, entre 1975 y 1977, en las circunstancias descritas al final del capítulo 2. La segunda, haber dado en la Universidad Yale el seminario Estudios sobre la Gran Estrategia, desde 2002 hasta la actualidad. Ambos cursos se han apoyado en todo momento no tanto en la teoría como en el estudio de textos clásicos y de casos históricos. La asignatura impartida en Newport duraba un semestre y estaba dirigida principalmente a oficiales con cierta experiencia. El seminario de Yale abarca dos semestres y atrae a estudiantes de grado y de posgrado, así como a profesionales. Acude a él todos los años, asimismo, un teniente coronel en activo del ejército y de los marines.

[1]

Ambos cursos siguen una filosofía basada en la colaboración: en Newport, en general, cada sesión la impartíamos un instructor civil y uno militar, mientras que, en Yale, se dan distintas combinaciones. Mis colegas Charles Hill, Paul Kennedy y yo lo pusimos en marcha como troika: asistíamos a todas las clases, debatíamos entre nosotros ante los estudiantes y les aconsejábamos personalmente (no siempre de manera coherente) fuera del aula. Por fortuna, los tres seguimos siendo vecinos y buenos amigos.

La creación en 2006 del programa Brady-Johnson sobre Gran Estrategia permitió fichar a otros profesionales: David Brooks, Walter Russell Mead, John Negroponte, Peggy Noonan, Victoria Nuland, Paul Solman, Jake Sullivan y Evan Wolfson. El seminario también ha llamado la atención de otros profesores de Yale, como Scott Boorman (profesor de Sociología), Elizabeth Bradley (anteriormente en la escuela de Salud Pública, directora del programa Brady-Johnson durante el curso 2016-2017 y hoy presidenta del Vassar College), Beverly Gage (profesora de Historia y, desde 2017, directora del programa Brady-Johnson), Bryan Garsten (profesor de Ciencias Políticas y Humanidades), Nuno Monteiro (profesor de Ciencias Políticas), Kristina Talbert-Slagle (profesora de Epidemiología y Salud Pública) y Adam Tooze (antiguo profesor de Historia, radicado hoy en la Universidad de Columbia, Nueva York).

Todos ellos me han enseñado muchísimas cosas, razón añadida para intentar recogerlo aquí aunque sea resumidamente. He aprendido de una manera informal e idiosincrásica, guiándome por las impresiones. Mis profesores no son responsables más que de abrirme caminos y de dejarme a mi aire, lejos de su control. Dada mi búsqueda de patrones a lo largo del tiempo, el espacio y la escala,<sup>[2]</sup> me he dado el lujo de anular esas tres dimensiones a efectos comparativos e incluso dialogísticos: Agustín de Hipona y Maquiavelo charlarán ocasionalmente entre sí, como lo harán Clausewitz y Tolstói. Este último es el «imaginador» más útil de los que he encontrado; otros son Virgilio, Shakespeare o F. Scott Fitzgerald. Por fin, he recurrido a menudo a las ideas

de sir Isaiah Berlin,<sup>[3]</sup> a quien pude conocer durante mi estancia como profesor visitante en la Universidad de Oxford, entre 1992 y 1993. Tengo la sensación de que le agradecería ser considerado un gran estratega. Estoy seguro de que, al menos, le divertiría pensarlo.

Mi agente, Andrew Wylie, y mi editor, Scott Moyers, mostraron más confianza en este libro que yo cuando empecé a escribirlo. Trabajar con ellos ha sido de nuevo un gran placer, al igual que colaborar con el eficaz equipo de Penguin: Ann Godoff, Christopher Richards, Mia Council, Matthew Boyd, Bruce Giffords, Deborah Weiss Geline y Juliana Kiyon.

Debo un agradecimiento especial a los estudiantes de grado de Yale que asistieron al seminario Zorros y Erizos, que impartí en otoño de 2017, y que han revisado de forma implacable todos los capítulos de este libro: Morgan Aguiar-Lucander, Patrick Binder, Robert Brinkmann, Alessandro Buratti, Diego Fernandez-Pages, Robert Henderson, Scott Hicks, Jack Hilder, Henry Iseman, India June, Declan Kunkel, Ben Mallet, Alexander Petrillo, Marshall Rankin, Nicholas Religa, Grant Richardson, Carter Scott, Sara Seymour, David Shimer y Jared Smith. También he contado con el apoyo de consumados ayudantes de investigación, como Cooper D'Agostino, Matthew Lloyd-Thomas, David McCullough III, Campbell Schnebly-Swanson y Nathaniel Zelinsky.

Los rectores de Yale, Richard Levin y Peter Salovey, me ofrecieron un sólido respaldo a la enseñanza de la gran estrategia desde el primer momento, como también lo ha hecho Ted Wittenstein, ayudante especial y uno de nuestros primeros estudiantes. Los directores adjuntos de Estudios de Seguridad Internacional y del programa Brady-Johnson nos han amparado a la hora de mantener el rumbo: Will Hitchcock, Ted Bromund, el difunto Minh Luong, Jeffrey Mankoff, Ryan Irwin, Amanda Behm, Jeremy Friedman, Christopher Miller, Evan Wilson e Ian Johnson. También han prestado un apoyo inestimable: Liz Vastakis, Kathleen Galo, Mike Skonieczny e Igor Biryukov. Mi esposa, Toni Dorfman, profesora, erudita, mentora, actriz, dramaturga, directora

de obras y óperas barrocas, correctora, crítica, cocinera *gourmet*, terapeuta nocturna y amor de mi vida desde hace (!) veinte años, me ha sustentado de todas las maneras posibles.

Esta dedicatoria quiere ser un homenaje a los dos grandes benefactores de nuestro programa, Brady y Johnson, así como a algo que hace las cosas más fáciles sin perder nunca la prudencia: la visión de estos, su generosidad y su invariable buen consejo —no olvidemos, claro, que en este programa tratamos de enseñar sentido común— han sido nuestra ancla, nuestra brújula y la embarcación misma en que navegamos.

*New Haven, Connecticut  
Otoño de 2017*

## 1

## CRUZANDO EL HELESPONTO

Nos encontramos en el año 480 a. C. en Abido, ciudad situada en la orilla asiática del Helesponto, donde el paso se estrecha a poco más de kilómetro y medio. La escena es digna de una película de la época dorada de Hollywood: Jerjes, rey de reyes persa, asciende el promontorio para sentarse sobre un trono desde el que contemplar sus ejércitos en formación, los cuales, según Heródoto, sumaban más de un millón y medio de hombres. Probablemente fueran una décima parte de ese número, que son, con todo, los hombres que Eisenhower mandó desembarcar el día D. No salva hoy día el Helesponto ningún puente, pero Jerjes tuvo dos: un pontón construido con trescientas sesenta embarcaciones atadas entre sí y otro con trescientas catorce, curvados ambos ligeramente por la corriente y el viento. Sepultado bajo las aguas el puente anterior tras una tormenta, el furibundo emperador había ordenado decapitar a los constructores y azotar y marcar con hierros candentes las mismísimas aguas del estrecho. En algún lugar del fondo deben de reposar aún hoy los grilletes de hierro que mandó arrojar al mar como advertencia.

Ese día, sin embargo, las aguas están tranquilas y Jerjes se siente satisfecho. Hasta que, de repente, estalla en lágrimas. Su tío y consejero Artábano le pregunta por qué. «Ante nosotros se hallan miles de hombres —responde el emperador—, pero ninguno de ellos estará vivo dentro de cien años.» Artábano consuela a su rey recordándole todas las calamidades que hacen intolerable la vida y la muerte, un alivio. Jerjes conviene con su tío y consejero, pero le exige: «Dime la verdad». Quería conocer su opinión sobre la

empresa que tenían ante sí. ¿Vería Artábano con buenos ojos una segunda invasión persa de Grecia en apenas una década? Existía un factor que quizá cambiase las cosas: emperador y consejero habían tenido la misma pesadilla. Es ahora Artábano quien se estremece: «El miedo me embarga. No, mejor dicho: me posee».

Un mismo sueño había visitado dos veces a Jerjes, después de que Artábano disuadiese a aquel de vengar la humillación a que los griegos habían sometido a su padre, Darío, diez años antes, en la batalla de Maratón. Anticipándose en dos milenios a *Hamlet*, un espectro de porte majestuoso y actitud paternal le había presentado un ultimátum: «Si no declaras la guerra enseguida, [...] al igual que en un breve lapso te hiciste grande y poderoso, con prontitud volverás a la humildad». Artábano, en un primer momento, restó trascendencia al sueño, tras el cual Jerjes obligó a su consejero a dormir en el lecho real e incluso a usar su camisón. El espectro volvió a aparecer y Artábano se despertó aterrorizado y entre alaridos, pidiendo a voces la invasión. Jerjes dio la orden y la gran fuerza militar se reunió en Sardes, sacrificó un millar de novillos en las ruinas de Troya, alcanzó el Helesponto y se aprestaba a cruzar los pontones cuando el emperador concedió a su tío una última oportunidad para dar voz a cualquier reserva que pudiera tener.

Artábano, pese a su pesadilla, no es capaz de resistirse. Los enemigos que les esperan, advierte, no son solo griegos, temibles guerreros de por sí: la tierra y el mar también lucharán contra ellos. La obligada marcha para circundar el Egeo atravesará regiones que no podrán alimentar a un ejército tan numeroso. No habrá puertos suficientes para dar cabida a sus navíos si estalla la tempestad. El agotamiento y la hambruna podrían hacer mella en ellos aun antes de empuñar las armas. El líder prudente «teme y medita sobre todo lo que puede ocurrir, pero es audaz cuando se halla en el centro de la acción». Jerjes escucha con paciencia, pero objeta: «Si fuese necesario tenerlo todo en consideración [...], jamás haríamos nada. Es mejor contar con un

corazón valeroso y enfrentarse a la mitad de los horrores que tememos que anticipar y no sufrir ninguno de ellos. [...] Se ganan grandes trofeos afrontando grandes peligros».

Quedó así zanjado el tema. Jerjes ordena a Artábano que regrese a la capital para administrar el imperio mientras él dedica sus esfuerzos a doblar su extensión. Jerjes reza al sol para obtener la fuerza necesaria que no solo le permita conquistar Grecia, sino toda Europa. Esparce ramas de mirto ante los pontones y ordena a sus sacerdotes que quemem incienso. Recompensa al Helesponto vertiendo en él una libación, además del cáliz de oro que la contenía y, por último, una espada. Se despeja así el camino sobre el estrecho: el ejército completo tarda siete días, con sus noches, en cruzarlo. Cuando el propio Jerjes alcanza la orilla europea, se escucha a un asombrado lugareño preguntar por qué Zeus se ha disfrazado como el emperador de los persas y ha traído con él «a toda la gente del mundo». «¿Acaso no puede el dios destruir Grecia él solo?»<sup>[4]</sup>

I

Dos mil cuatrocientos diecinueve años después, un catedrático de Oxford da por concluidas las tutorías de la tarde. Esa noche debe asistir a una fiesta. Isaiah Berlin tenía entonces treinta años. Había nacido en Riga, se había criado en San Petersburgo y tras la Revolución bolchevique, de la que fue testigo con apenas ocho años de edad, emigró con su familia a Inglaterra. Allí creció, aprendió el idioma con un acento que nunca perdió y prosiguió con su educación (aprobó con excelentes notas sus exámenes en Oxford y se convirtió en el primer judío en entrar en el All Souls College). En 1939 empezó a impartir clases de Filosofía en el New College (fundado en 1379), curso en el que desarrolló cierta animadversión hacia el positivismo lógico (una proposición carecerá de significado si no puede verificarse empíricamente) y se dedicó a disfrutar de la vida al máximo.

Berlin era un conversador ávido de conocimientos y aprovechaba cualquier oportunidad tanto para lucirse como para empaparse de nuevas ideas. En la fiesta de aquel día —se ignora la fecha exacta—, se encontró con Julian Edward George Asquith, segundo conde de Oxford y Asquith, quien estaba entonces terminando sus estudios de Filología Clásica en el Balliol College. Lord Oxford, al parecer, se había topado con un enigmático verso del poeta griego Arquíloco de Paros. Berlin lo recordaría más adelante así: «El zorro sabe muchas cosas; el erizo sabe una sola, pero grande».[5]

Ese verso se conserva solo, como un fragmento, y su contexto se perdió hace mucho tiempo. Sin embargo, Erasmo de Róterdam jugó con él y Berlin no pudo evitar hacer lo mismo.[6] «¿Podría aquella imagen convertirse en una pauta para clasificar a los grandes escritores?», se preguntó. En ese caso, Platón, Dante, Dostoievski, Nietzsche y Proust habrían sido erizos. Aristóteles, Shakespeare, Goethe, Pushkin y Joyce habrían sido, obviamente, zorros. También era zorro Berlin, quien desconfiaba de la mayoría de grandes cosas —como el positivismo lógico—, pero se sentía muy cómodo con las más pequeñas.[7] Apartado de su trabajo por la Segunda Guerra Mundial, Berlin no regresaría a sus pequeños mamíferos hasta 1951, cuando recurrió a ellos para crear el marco teórico de un trabajo sobre la filosofía de la historia en Tolstói. Este trabajo aparecería dos años más tarde como un ensayo breve con el título de *El erizo y el zorro*.

Los erizos, razonaba Berlin, «lo relacionan todo con un único planteamiento capital», que da «sentido y relevancia a todo lo que hacen y dicen». Los zorros, por lo contrario, «persiguen muchos fines, a menudo no relacionados entre sí e incluso contradictorios, los cuales mantienen, si acaso, algún tipo de conexión *de facto*». Esta distinción es sencilla, pero no baladí, pues ofrece «un punto de vista desde el que mirar y comparar, y un punto de partida para la investigación genuina». Incluso podría ilustrar «una de las mane-

ras que más marcadamente diferencian a escritores y pensadores y quizá, en general, a todos los seres humanos».

Habiendo lanzado esa bengala, no obstante, Berlin no supo arrojar luz más allá de Tolstói. El gran hombre había querido ser erizo, afirma aquel: *Guerra y paz* revela supuestamente las leyes que rigen la historia. Sin embargo, Tolstói era demasiado sincero como para no tener en cuenta las peculiaridades de la personalidad y los imprevistos fruto del contexto que desafían este tipo de generalizaciones, así que trufó su obra maestra con algunos de los mejores ejemplos de literatura «vulpina» de la historia. Con estos logró cautivar a sus lectores, quienes saltaban de buena gana las parrafadas de reflexión histórica, de cariz claramente «erináceo», que salpicaban el texto. Berlin concluye que, roto por las contradicciones, Tolstói veía acercarse su propia muerte «como un viejo desesperado, al que ningún ser humano podría ayudar, que vagaba por Colono tras haberse arrancado los ojos [como Edipo]». [8]

Desde el punto de vista biográfico, este es un planteamiento demasiado simple. Es cierto que Tolstói murió en una oscura estación de tren rusa en 1912 a los ochenta y dos años, tras marcharse del hogar y abandonar a la familia. Es improbable, no obstante, que lo empujaran a ello los remordimientos causados por los cabos sueltos que, décadas antes, había dejado en *Guerra y paz*. [9] Tampoco está claro que Berlin evocase a Edipo sino para rematar su ensayo con un ripio dramático. Demasiado dramático, quizá, pues proponía una diferencia irreconciliable entre zorros y erizos. Hay que ser uno u otro, parece afirmar Berlin. Resulta imposible ser ambas cosas y también una persona feliz; o eficaz, o siquiera íntegra.

Berlin recibió con sorpresa —y maliciosa satisfacción— la noticia de que sus pequeños mamíferos se habían hecho virales (mucho antes de la aparición de internet). Empezaron a proliferar las referencias impresas. Aparecieron, por ejemplo, viñetas que no necesitaban explicación. [10] Y en las aulas universitarias, los profesores preguntaban al alumnado: «¿Fue [tal figura literaria o histórica] zorro o erizo?». Es-

tos, por su lado, interpelaban a sus profesores: «¿Es mejor [en este momento histórico o en cualquier otro] ser zorro o ser erizo?». Y tanto unos como otros se decían: «¿Dónde he de situarme en esta polaridad?». Y a continuación: «¿Puedo quedarme en esa posición para siempre?». Y por fin: «A fin de cuentas, ¿quién soy yo?».

Gracias a aquella fiesta en Oxford, al verso de Arquíloco y a la épica biografía sobre Tolstói, Berlin dio con dos de las mejores maneras de grabar una marca indeleble en la historia de la intelectualidad. La primera es la delfica, estrategia conocida por los oráculos desde la noche de los tiempos. La segunda, la esópica, hacer que tus ideas alcancen la inmortalidad convirtiéndolas en animales.

## II

Heródoto, que vivió aproximadamente entre el 480 y el 420 a. C., quizá oyó hablar de los zorros y erizos de Arquíloco (entre 680 y 645 a. C.). El historiador cita al poeta en otro contexto, así que podría haber conocido el poema de los animales, de haber sobrevivido.<sup>[11]</sup> Y aunque no hubiera llegado hasta los días de Heródoto, resulta difícil no imaginar el relato que este hace de Artábano y Jerjes en el Hesponto sin ver en el consejero a un zorro inquieto y en el emperador, a un erizo impertérito.

Artábano hace hincapié en el peaje que se ha de pagar —el gasto de energía, el racionamiento de suministros, las comunicaciones potencialmente interceptadas, la moral debilitada y cualquier otra cosa que pudiera torcerse— cuando se intenta mover una ingente fuerza militar a través de una gran masa de tierra o de agua. El éxito exige soportar demasiadas penurias. ¿No se da cuenta Jerjes de que «el dios golpea con relámpagos» solo a quienes se hacen propósitos demasiado ambiciosos, mientras que los pequeños «jamás provocan en él el mínimo apremio por actuar»? Artábano insta a dismantelar los puentes, disolver los ejérci-

tos y enviar a todo el mundo de vuelta a casa, donde lo peor que les puede pasar son las pesadillas.

Jerjes, que llora por quienes estarán muertos dentro de cien años, tiene una visión más amplia y a más largo plazo. Si la muerte es el precio de la vida, ¿por qué no pagar lo mínimo necesario para hacerla memorable? ¿Para qué ser rey de reyes, si nuestro nombre acabará en el olvido? Tras haber domado el Helesponto, nada lo detendrá. Los puentes deben conducir a algún lugar. Los grandes ejércitos transportan consigo lo necesario para asegurarse de que lo que pudiera ir mal no vaya mal. Y si algo se torciera, no sería algo importante. «Es el dios quien nos guía y, por ello, por nosotros mismos nos embarcamos en nuestras muchas empresas, y tenemos éxito.»<sup>[12]</sup>

Artábano respeta el entorno físico de las cosas, pues sabe que los paisajes pueden ayudar o entorpecer a un ejército, que las flotas jamás controlan del todo los mares que surcan, que el tiempo atmosférico es impredecible para los mortales. Los comandantes deben saber distinguir entre lo que está en sus manos y lo que han de aceptar y tienen que confiar únicamente en las destrezas que las circunstancias permitan aplicar y no en otras. Jerjes, sin embargo, remodela los entornos. Convierte el agua en tierra firme (más o menos), al crear un puente que salva el Helesponto, y hace líquida la tierra, al mandar excavar un canal a través de la península de Atos —«por mera arrogancia», según Heródoto— para que sus naves no deban circunnavegarla.<sup>[13]</sup> El rey no se preocupa por lo que haya de aceptar, pues arramblará con cualquier cosa que se le interponga. Confía solo en la mano divina que le ha encomendado tal poder.

El miope Artábano ve tanto en el horizonte inmediato que, para él, el auténtico enemigo es la complejidad. El hipermetrópe Jerjes solo se concentra en un horizonte distante, en el que las ambiciones se identifican con las oportunidades: para él, la sencillez es el faro que muestra el camino. Artábano no deja de cambiar de opinión. Sus continuas idas y venidas solo le servirán, como a Ulises, para re-

gresar al hogar. Jerjes, cruzando el Helesponto, se convierte en Aquiles. No tendrá hogar más que en las futuras historias que relaten sus hazañas.[\[14\]](#)

Este zorro y este erizo, así pues, no tienen nada en común. Tras caer sus advertencias en saco roto, Artábano desanda camino hacia el este, rumbo a Susa, y desaparece de las páginas de Heródoto, que no vuelve a mencionarlo. Jerjes, por su parte, avanza hacia el oeste con sus ejércitos y su armada, y se hace acompañar de su futuro historiador en espíritu, así como de todos los subsiguientes cronistas de la invasión persa.[\[15\]](#) El Helesponto, límite entre dos continentes, se transformó entonces en frontera entre dos formas de pensar que Arquíloco ya prefiguró, que Berlin hizo famosas y que un grupo de avezados especialistas caracterizarían con mayor precisión a finales del siglo xx.

### III

Entre 1988 y 2003, en un esfuerzo por determinar las raíces que determinan la precisión y la imprecisión en las predicciones que se hacen del futuro político del mundo, el psicólogo político estadounidense Philip E. Tetlock y sus ayudantes recopilaron 27 .451 predicciones sobre política internacional. Estas habían sido hechas por expertos de universidades, gobiernos, fundaciones, instituciones internacionales, medios de comunicación y grupos de reflexión y venían acompañadas de tablas, gráficos y ecuaciones. Tetlock publicó en 2005 un libro titulado *Expert Political Judgment*, en el que da cuenta del estudio más riguroso realizado hasta la fecha para responder a la pregunta de por qué algunos especialistas aciertan en sus previsiones de futuro y otros no.

«Quién fuera el experto, es decir, su trayectoria profesional, estatus, etcétera, no suponía un ápice de diferencia —concluye Tetlock—. Tampoco constituía un factor determinante cómo pensasen, a saber, el hecho de que fueran pro-